Aquella palabra

Sergio Rubio Blanco

Capítulo 1

Hasta que pronunció la palabra,
las mañanas eran estruendos de rocío,
las noches eran paz envidiada
con nubes que acurrucaban el son del solsticio.

Hasta que pronunció la palabra,
soñar era recreo en mi mente,
triunfar era destello presente
paseando la franela de mi carcajada.

Aquellas palomas volaban en libertad
entre los bastidores de un jinete visceral
que limpió la playa de orfandad,
al galope de un caballo llamado “Lealtad”.

La superación brotaba en mis párpados
como olmo en la primavera.
La inquietud silbaba la rutina de los pájaros
envolviendo la bandada zalamera.

Hasta que pronunció la palabra,
la tristeza se desnutría cual quimera.

El fracaso era prenda desgastada
en la armonía de los ecos de la sirena.

La vida vivía
entre las tareas arduas
de la ley impía,
aquella que rubricó la marea incauta.

Pronunció la palabra
y el hombre se hizo niño.
No había lienzo que reflejara
la desidia de ese camino nimio.

El verano no desprendía calor,
la magia ya no era magia.
La batalla se arrastraba sin valor
latiendo entre surcos de hemorragia.

La rueda era ahora cuadrada.
Los vientos ya no bailaban hojas.
El tiempo no me hablaba sino de horas
cuando la muerte sonreía su cruzada.

A la luna no le acompañaban las estrellas.
Mi oscuridad se secaba de farolas
y los libros desechaban la poesía del mecenas
que vio nacer del sarcasmo las caracolas.

El río ya no traía peces.
El roble era caduco y de bajos altos.
Los siervos no eran más que esclavos
en el dictamen de lo que desmerecían los seres.

Hasta que pronunció la palabra,
nada era efímero,
nada era mísero
en el jaguar de mi pisada,
antes plena de oxígeno,
ahora hueca en mi senda olvidada.

Hasta que pronunció la palabra,
mi arma era la espada.
Dicen pintar el vacío con mi mirada.
Todo por pronunciar esa palabra
nacida del silencio de la madrugada.
Aquella horrible y trágica palabra.